

Cuentos cortos

Espacio de Fortalecimiento Educativo

Cardona

El Lobizón

Había una vez una pareja de adolescentes y era sábado de febrero. Era media noche en Florencio Sánchez y ambos se encontraron. Él era un chico de 17 años, era morocho, elegante, de 1m80 y vestía a la moda.

Ella era una chica rubia, delgada, de 1m70 con vestido rosa y sandalias blancas. Era preciosa, ella vivía en Cardona y se cruzó con él. En ese momento se dieron cuenta que eran lobizones, por el olor, los dientes y sus ojos.

Esa noche se transformaron en corderos y caminando se encontraron en la estación de AFE. Ahí vieron un vagón lleno de corderos esperando el ferrocarril que pasaba a la madrugada. En el galpón también había carnaval, pero el corredor y bretes de la estación estaban lleno de corderos.

Había tanta música en AFE que se sentía al grupo Las primas, y los lobizones empezaron a

bailar; y bailaban tan bien que parecían personas y también cantaban el siguiente tema "... en los carnavales yo te conocí... el era mayor que ella a ella no le importaba se colgaba de su hombro y con un beso lo esperaba... cordera bonita quiero ser tu novio... decime que sí.

Bailando y cantando se fue la noche y los lobizones volvieron a personas.

Finalmente se casaron y fueron para siempre felices...

Autor: Carlos Colmán

El conejo

Había una vez una niña llamada Ruperta, rubia con su pelo amarillo y sus ojos color café. Tenía un conejo blanco con manchitas negras, con ojos rojos bien grandes. Era muy bandido porque se escapaba para la calle, pero ella no lo podía criar.

Vivía en la Ruralista y siempre pasaba Juanito que se lo pedía. Ella le decía que no, hasta que un día se lo regalo. Entonces se lo llevó para su casa.

Al caer la noche Juanito fue donde estaba el conejo encerrado y de repente se transformó y no sabía qué hacer. Salió corriendo hacia la ruta y corría y corría hasta que llegó a un pueblo llamado Florencio Sánchez.

Miraba y miraba para todos lados ¿qué hago ahora?, se decía. Siguió y siguió y se encontró con un obelisco grande

- Paaaaaaa ¿qué es esto? ¿por qué todos me miran así? ¿Qué haré yo en este pueblo tan grande?- se preguntó. - ¿Y si sigo caminando despacio en vez de correr como un loco?

Caminaba, caminaba lentamente y miraba todo, le parecía extraño todo, solo veía tiendas y un poco de gente. Hasta que encontró una verdulería y dijo:

– oh, qué rico, yo voy a entrar. Entró a la verdulería, quiso comprar una zanahoria y no podía hablar, las empleadas de ahí se preguntaron ¿Qué hacemos ahora con este conejo aquí? ¿Cómo entró y llegó hasta acá? ¿Qué hacemos con este conejo?

De pronto salió corriendo Juanito, rápido de ahí adentro, desesperadamente. Corría y corría rápido hasta que se cansó se preguntó ¿porque estoy tan cansado yo? ¿Cómo hago para volver a mi casa ahora?

De repente, a media noche encontró a la orilla de la calle una caja tirada sobre el Boulevard, era del comercio que vendía electrodomésticos, -aquí dormiré esta noche ¡porque estoy un poco cansado! – se dijo.

Al amanecer se despertó y se preguntó: -¿y yo que hago durmiendo en una caja, a esta hora del amanecer?

La gente que pasaba por el lugar me miraba como si yo estuviera loco, rápidamente me levanté y me pregunté: -¿qué me paso? Bueno, otro día lo averiguaré, lo que haré ahora es irme para mi casa para descansar otro rato.

Ya era de día, pero se sentía débil y muy agitado, como si hubiese corrido toda una noche...

Para mí fue una noche de sorpresas, jamás me había sucedido esto, así que yo les digo ¡buenos días para todos!

Autora: Carolina Castro

Cuento

Había una gran luna llena y paré frente a “sofobal”, de Falero, en la ruta 12 cuando salió un lobizón que era una vaca. Era una vaca blanca, flaca, guampuda, cimarrona, de campo y no de tambo.

Iba con mi hija de 10 años para Cardona cuando se apagó la moto y salimos a pie despacito. Dejamos la moto en vialidad para volver después a levantarla. Me di cuenta que era un lobizón porque miramos para nuestras espaldas y nos seguía la vaca.

Nos dimos cuenta que en ese lugar no había vacas, estaba sola con sus ojos brillantes y grandes. Nos asustamos y nos acercamos a la luz porque sabemos que el lobizón no viene por la luz.

Volvimos a mirar y no vimos nada.

Mi hija que me acompañaba me dijo:

- ¡Mamá, mentira! ¡no hay nada!

Entonces la lleve al sitio en donde vi y salió una vaca blanca.

Mi hija me dijo:

- Corre, mamá corre – y no miramos para atrás.

Yo asustada le dije: ¡por aquí no paso más cuando salga la luna llena!

Viste hija mía, tu madre no dice mentiras.

Autora: Mirtha Olaverri

La historia de Juanito

Don Juanito era un hombre de estatura mediana, de tez morocho, alegre y muy cariñoso con los niños.

Esa tardecita, llegó como de costumbre de su trabajo a su casa en Florencio Sánchez.

Don Juanito, después de cenar con su familia, se retiró a su dormitorio y se acostó temprano. Le comentó a su esposa, Doña María que no se sentía bien.

Juanito salió de la casa sin que nadie lo viera, se ocultó tras unos árboles y allí en ese lugar, fue que Juanito empezó a transformarse en un caballo.

Primero se le empezó a rasgar la ropa, la cabeza se le alargó, como su cuello largo con unas crines largas y una cola también larga. Era todo blanco con unos lunares negros.

Salió al Bulevar Cardona al trote rumbo al Parque la Hermandad.

En ese lugar se estaba realizando una fiesta. Había muchos niños.

Cuando vieron ese caballo quedan todos asombrados. Una niña fue a tocarlo, el caballo se quedó quieto y la niña llamó a sus amigos

- ¡Vengan, vengan, es mansito!

Todos se animaron a tocarlo y acariciarlo.

- ¡Qué lindo caballo! - ¡es muy manso!- exclamaban.

Nadie sabía de quién era ese caballo. De pronto lo vieron en el puesto de panchos, empezó a relinchar y a mover la cabeza como si quisiera decir algo. El encargado del puesto lo quería sacar, pero él se negaba a salir.

Un niño que estaba comiendo un pancho se lo ofreció al caballo y el caballo, moviendo la cabeza de arriba hacia abajo, como diciendo “si acepto” se comió el pancho.

Todos los niños rieron y comentaron sobre el caballo tan original.

Rafael, un chico de unos 11 años que estaba acostumbrado a cabalgar, pues sus abuelos viven en el campo y él en vacaciones suele ir para montar a caballo, porque le apasiona mucho, cuando vio ese caballo en el parque se acercó a él, lo acarició, y trató de montarlo. El caballo se quedó quieto y el chico salió a dar una vuelta por Boulevard Cardona.

Cuando quiso regresar, el caballo se paró y se negó a seguir. Rafael le pidió que siguiera

-¡Vamos, vamos!- caballo ¡llévame de vuelta! que mis padres me están esperando. En la fiesta se van a preocupar por mí.

Pero el caballo dio dos o tres pasos y se paró. Hasta que el chico se bajó y salió corriendo antes de que sus padres se preocuparan.

El caballo cruzó por la vía del tren, cuando de repente metió una pata en un hormiguero y ahí se desesperó. Las hormigas lo estaban picando, el pobre saltaba con las patas de atrás.

Luego llegó a su casa, se quedó cerca del garaje, la perrita de doña María, una caniche llamada Pequi ladraba y se paraba de manos en la puerta de la casa, como si olfateara a alguien que se acercaba. Doña María se levantó, se puso la bata y salió de su dormitorio.

-Pequi, le dice, qué te pasa. La perrita se subió arriba de los sillones del living.

-Tranquila Pequi le dijo doña María.

Corrió la cortina y vio llegar a su esposo. Le abrió la puerta y lo miró.

-¡Qué horror! ¿qué te pasó? dijo María ayudando a su esposo que apenas caminaba con la ropa toda rota.

-Cuéntame quién te hizo esto, le dijo ella. Él la miró con sus ojos brillosos, como si quisiera llorar:

-Me agarraron unos bandidos que querían plata para seguir tomando cerveza. Pero como no les di, me hicieron esto, dijo Juanito.

María lo miró e hizo un gesto de desconfianza. No quedó conforme con la repuesta que le dio él, no sabía si le estaba diciendo la verdad. Lo acompañó al baño para que se diera una ducha, lo ayudó a quitarse la ropa rasgada y vio sus piernas todas llenas de ronchas rojas y la espalda también.

-¡Hay Juanito tienes varicela! -le dijo María-

-Varicela no,- le contestó Juanito- si no tengo picazón.

Él no tenía idea de lo que le había pasado. No recordaba que había metido una pata en un hormiguero cuando estaba transformado en caballo.

Frente de la casa de Juanito en la vereda hay una anacahuita que da una buena sombra y debajo unos banquitos que él mismo fabricó. Allí casi todas las tardes de mucho calor se sentaba a la sombra. Los niños del barrio, que jugaban a la pelota en la calle, veían a Juanito y se venían todos como moscas, y se sentaban rodeándolo. A él no le molestaba que vinieran los chicos y le hicieran preguntas acerca de su infancia. Él les contaba que se crió en el campo junto a sus padres y que eran siete hermanos, que hacía tres kilómetros a caballo todo los días de clase para ir a la escuela y que jugaba a la pelota como ellos. Los niños lo escuchaban con mucha atención.

Autora: Rosa Reyes

Otra de lobizones...

Había una vez una niña de piel café muy alegre llamada Reina.

Vio con su mamá en la cancha de Nacional de Cardona un lobizón en una noche de luna llena.

El lobizón era un gato amarillo de pelo liso y grande. La niña se asustó mucho y salió corriendo atrás del gato hasta la cancha de pelota de mano. El gato se detuvo y se puso a jugar a la pelota de mano con los niños que estaban jugando y vinieron y lo corrieron has-

ta el portón. Ahí encontró un árbol grande y alto. Se subió al árbol y los niños sintieron como maullaba.

Entonces una vecina llamó a los bomberos, los bomberos se subieron al árbol y lo bajaron. El gato volvió a su casa feliz y contento de saber que al amanecer no volvería a recordar nada.

Autora: Reina Bermúdez

Y uno más...

Don Juanito es un buen vecino, que vino del campo a vivir en el pueblo.

Trajo su mudanza, y entre otras cosas, trajo consigo sus animales: una vaca, un caballo, un cerdo y un loro llamado Pepito.

Algunos vecinos comentan que Don Juanito, cuando hay luna llena se convierte en lobizón... Doña Juana, que vive frente a la casa de Juanito afirma haberlo visto.

Fue un viernes de luna llena y con viento del lado del cementerio cuenta ella, que estaba desvelada y se asomó a la ventana, cerca de medianoche. Vio a Juanito abrir la puerta de su casa y salir al patio, ella dice que caminaba como dormido, sin mucho rumbo por el patio, cuando sucedió lo que a Doña Juana hizo que se le pararan los pelos de punta y sus ojos se desorbitaran.

Con un trote corto y con pepito el loro sobre su lomo, venía el cerdo alegremente. Y ahí empezó la transformación de Juanito al cruzarse con sus mascotas. Ya con forma de lobizón sale muy alegre a pasear por las calles del pueblo. La poca gente que andaba en las calles de Flo-

rencio Sánchez y Cardona a esa hora no podían creer lo que veían: ¡¡¡Un chanco verde con plumas!!! Gritando “¡qué rica la papa para Pepito!! ¡qué rica la papa para Pepito!”

Un sereno de la estación de servicio se preguntaba a los gritos “¿Qué es eso?” Un vecino que pasaba le contestó: “¡Es un loracho! Mitad loro, mirad chanco!”

Mientras tanto, el lobizón seguía alegremente su recorrido por el Boulevard Cardona hasta llegar al Parque Cazeaux, en este lugar de altos eucaliptus hay muchos nidos de loros.

El lobizón vio uno y el instinto del loro hizo que quisiera llegar hasta uno de los nidos, después de muchos intentos fallidos de llegar volando debido a su peso. Decidió, entonces, trepar ayudándose con su hocico y sus patas. Al cabo de varios intentos, con mucho cansancio y muchas plumas de menos, logró llegar hasta el nido.

A todo esto, las horas habían pasado y comenzaba a amanecer. Aquí fue donde empezó el problema para Juanito, porque al amanecer volvía a su forma humana. Él se preguntaba cómo había llegado hasta ahí, perdió el equilibrio y bajó en un segundo lo que tanto le había costado subir. El aterrizaje no fue de los mejores y se desmayó del susto.

Ya sábado por la mañana Doña Juana oye que golpean a su puerta. Abre y ¡oh sorpresa! ahí estaba Don Juanito con vendas en todo el cuerpo, una muleta debajo de un brazo y en la otra mano una jaula con Pepito dentro.

Don Juanito le dijo:
-“Acá le traigo un regalo, vecina”.

Autora: Teresita Centurión.